



RAMÓN SANCHIS FERRÁNDIZ

EL ENIGMA *de* SHAKESPEARE

UN EXPERTO EN LA ÉPOCA ISABELINA, UN INVESTIGADOR
COMPROMETIDO Y UNA DOCUMENTALISTA SAGAZ, NOS
LLENARÁN DE INCERTIDUMBRE SOBRE LA IDENTIDAD
Y LA OBRA DE WILLIAM SHAKESPEARE.

SEKOTIA

RAMÓN SANCHIS FERRÁNDIZ

El enigma de Shakespeare

DUDA QUE LAS ESTRELLAS SEAN FUEGO...

NOVELA

SEKOTIA

© Ramón Sanchis Ferrándiz, 2023

© Editorial Almuzara, S.L., 2023

Primera edición: junio de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • NARRATIVA CON VALORES

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

Maquetación y corrección: Helena Montane

WWW.SEKOTIA.COM

info@almuzaralibros.com

EDITORIAL ALMUZARA

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3, 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-18414-69-5

Depósito legal: CO-895-2023

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*Duda que las estrellas sean fuego,
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo.*

William Shakespeare

Índice

AGRADECIMIENTOS.....	13
PRÓLOGO.....	15
NOTA DEL AUTOR: ¿VERDAD O FICCIÓN?.....	21

PRIMERA PARTE

1. EL LEGADO DEL MERCADER	25
2. LESLIE HOTSON	37
3. LAS CARTAS DEL INGLÉS	46
4. LONDRES	56
5. SOPHIE	68
6. EL ALMIRANTE	76
7. LOS HOMBRES DE LORD CHAMBERLAIN	90
8. EL GRAFÓLOGO	97
9. NORAH	110
10. LA TRAGEDIA ESPAÑOLA	119
11. EL ARRESTO DE TH.	134
12. LA TABERNA DE DEPTFORD	141
13. EL SUFRAGIO DE LA MUJER	152
14. EL AUTOR DE LAS CARTAS	160
15. LAS CARTAS MARCADAS	177
16. LAS FIRMAS	185
17. DUDAS SOBRE LO OCURRIDO EN DEPTFORD	202
18. EN LA ALDEA DE CHISLEHURST	217
19. LA TUMBA DE MARLOWE	230

SEGUNDA PARTE.....	239
20. LA ESCUELA DE LA NOCHE	241
21. EL SIGILO Y EL SILENCIO	250
22. UN PERSONAJE LLAMADO SHAKE-SPEARE	257
23. GIORDANO BRUNO	264
24. HAMNET	275
25. LA TEORÍA MARLOWIANA	281
26. ¿QUIÉN SE ESCONDE TRAS LA MÁSCARA?	294
27. LA PRESENTACIÓN EDITORIAL	300
28. DIFAMACIONES DE LA PRENSA	310
29. LOS ATAQUES	321
TERCERA PARTE	333
30. LA HUIDA	335
31. RUMBO AL CONTINENTE	351
32. PADUA	365
33. MARLOWE	375
34. DARK LADY.....	383
35. FLORENCIA	392
36. EL CEMENTERIO DE LOS INGLESES	402
37. LA LOGIA.....	410
38. RETORNO A LOS ORÍGENES	416
39. EPÍLOGO	423
ANEXO I. APUNTES BIOGRÁFICOS	425
ANEXO II. PERSONAJES HISTÓRICOS QUE SE CITAN.....	431
ANEXO III. CRONOLOGÍA BÁSICA DE LA ÉPOCA ISABELINA.....	433

AGRADECIMIENTOS

Agradezco su dedicación a todos aquellos que han colaborado en la redacción de este libro, por sus consejos o correcciones y su lectura paciente: a mi tutor en el Máster de Narrativa, Ignacio Ferrando, a José Carlos Fernández Romero, Begoña Curiel, María del Mar de Antón, María José Barceló; Lilia García Chiavassa, Marcos A. Rodes, M.^a Luz Pastor y Paula Casado.

PRÓLOGO

Quisiera yo tener la elocuencia de El Inglés y cumplir debidamente con tan elevado encargo pues, ¿cómo se prologa al *alma mater*?; aquella que abrió el camino hacia las letras, que dejó en mi mano la llave de un portal, donde arrumbados duermen el verbo y predicado, la vocal y consonante, el pronombre y los acentos..., ajenos todos a la albura de un papel y en espera de un sujeto que accione sus latidos y arranque de su sueño; que solo despiertos, es cuando hablan los adverbios, los adjetivos y también los pronombres junto a las palabras viejas y nuevas, orgullosas de sentirse significantes y llenas. Un metafórico reencuentro al que acuden el olvido y la memoria en pro de la palabra y la creación. Así fue como me convertí en discípula, y él, en mi maestro. Temo que, por esta confianza, pierda credibilidad ante el lector que está por adentrarse en tan merecedora historia. En mi defensa diré —si acaso me está leyendo—, que todo lo aquí expuesto será fiel a la verdad y a la opinión más sincera. Permita ahora —desvelado mi secreto—, que descubra a la persona que con pulso y destreza dirige el temple de esta pluma. Ramón Sanchis Ferrándiz.

A los pies del monte Teixereta, entre los cerros de Santa Lucía y San Miguel, se alza un municipio al que las aguas de dos ríos bautizaron con su nombre, Ibi. Allí, nació este ali-

cantino de oficio escritor, ensayista y poeta, que hizo de su otra profesión —Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y Técnico Superior en Urbanismo— un sólido puente entre la realidad y la quimera, la geotécnica y la volatilidad de las ideas. Un hombre de ciencias y condición humanista, que desde 1979 navega entre Oriente y Occidente junto a tres pujantes carabelas: la Filosofía, la Historia y la Antropología. Muchas son las costas donde ha desembarcado y no menos las funciones allí desempeñadas; desde director y docente en Talleres de Escritura Creativa e Historia de la Filosofía Antigua a fabulador de evocadores relatos, poemas, ensayos y artículos que, en su deseo de aventajar a los primeros, ya superan la centena. Su última escala conocida, La Escuela de Escritores, allá en la capital; un alto en el camino, que aun siendo veterano y capitán, quiso realizar como grumete de la IX Promoción del Máster de Narrativa, 2017-2019.

Este es, a grandes trazos, el retrato literario de un autor que entroncado en las ciencias humanísticas, no ha renunciado a la observación del mundo en la mirada de los clásicos, al conocimiento de la sabiduría oriental ni al primigenio asombro del legado de Occidente. Una mente proclive a cuatro auroras cardinales que son patrimonio de cultura y nuestra herencia; Mesopotamia, Grecia, Roma y Egipto. En definitiva, un incansable buscador de respuestas que, en constante evolución, sigue formulando interrogantes en cualquier tiempo y geografía. Prueba de ello es el germen que da fruto a esta novela *El enigma Shakespeare*, tras una siembra y abono de diez prolijos años. Una sucesión de ciclos y estaciones donde el pico, la pala y el rastrillo debieron separar el grano de la paja. Donde las manos del campesino fueron criba para el polvo no deseado entre incontables textos y vastas biografías. Indagaciones propias de un ensayo que su ingenio de artesano convirtió en sugerente y fascinante relato.

Las páginas sobre las que discurren los acontecimientos son fieles tanto al sentido de una época como a la revitalización de un enigmático y reconocible pasado, pretendidamente realista. La recreación narrativa y poética entre ficción y referencialidad nos conecta con la verdad de unos hechos irrefutables; la existencia de dos hombres unidos por el verbo de una misma bandera, Inglaterra. No en vano, la idea de incorporar al argumento datos fehacientes es en sí un acierto, pues es esa veracidad la que nos sume en el viaje del protagonista y narrador, Leslie Hotson; pertinaz investigador americano que, en busca de un antiguo espectro, comienza su odisea a bordo de un buque en Nueva York, un 20 de julio de 1924; día en el que zarpa hacia un confuso y desordenado puzle cuyo ensamble de esquinas, bordes y centros revelará el rostro del más desconcertante misterio de la literatura universal.

De su mano, navegaremos por el indómito Atlántico hasta arribar a las turquesas aguas del Mediterráneo y descender a tierra firme. Allí, recorreremos a su paso las calles de la Padua renacentista y las de aquella Florencia de Dante, Brunelleschi y Donatello. Descubriremos Le Montmartre de París, los Acantilados de Dover y Greenwich en la ribera del Támesis, los atardeceres de South Kensington o el hechizado bosque de Hyde Park. Todo ello, antes de acomodar nuestros cuerpos en el solemne palco del Royal Albert Hall, al compás de una melancólica pieza de Rachmaninoff. Un preciado broche como antesala de otra visita obligada; el Distrito de Shoredicht; cuna y cimiento de los teatros y compañías londinenses, que antaño cobraron vida bajo un mismo cielo: El Teatro y El Curtain, El Globo, La Rosa, El Cisne, El Hope y La Fortuna, el Newington Butts... Legendarios enclaves que la inmortalidad de los tiempos vio nacer e incluso morir, como así ocurrió con algunos de tan excelsos escenarios, donde actores consagrados recibían por miles los aplausos.

A través de este periplo triangular entre América, Europa e Inglaterra, se recrean con los sentidos de quien vive, ve y escucha, determinados pasajes históricos de un siglo XVI que, en justicia a su nombre, dio paso a la Modernidad y al Renacimiento de las artes, las ciencias, la literatura y la política, devolviendo a la cultura la impronta de sus precursoras, Grecia y Roma. Es la era del teatro isabelino; de su reina y mecenas Isabel I, soberana a la que Roma dio la espalda tachando de proscrita; de la pugna entre católicos y protestantes; de las intrigas políticas a intramuros de palacios y realezas; de su vida opulenta y libertina; de las esotéricas logias o de la derrota de una Armada, que Invencible se creyó.

Al igual que en *La máquina del tiempo* H.G. Wells viaja hasta el futuro para especular sobre el devenir de la sociedad, también nuestro autor se sirve de un bucle temporal hacia el pasado, a fin de introducir este cuaderno de bitácora en el planteamiento, nudo y desenlace de la obra. Voces que, en boca de carismáticos y redondos personajes, les devuelven de la muerte en carne y hueso para susurrarnos todo aquello que en vida no pudieron contar. Un canto de sirenas compuesto por distópicas y sugestivas verdades, que cual rapsoda en la epopeya, es Hotson quien revive a dos héroes de las letras, separados por dos bandos enfrentados. Sin duda, una figura literaria que da unidad y sentido a un relato por el que libres fluyen las digresiones, derivas y vericuetos, amores y desencuentros entre juiciosas reflexiones filosóficas sobre lo existencial y la complejidad de la vida humana. Finos hilos de introspecciones que bordan cada máxima y, como alegóricos espejos en la intimidad de los monólogos, devuelven la profundidad de lenguaje y pensamiento de quien lo escribe; un humilde filósofo e idealista que, sobre el andamio de su alma, construye, pinta y repara en pro de un mundo mejor; más humano y menos vacío.

De su mente inquieta —campamento base de esta narración—, nace el esbozo que hoy es libro. Una vieja controversia que es debate atemporal, sobre la autoría de las obras del mayor dramaturgo que derribó las fronteras de su imperio, convirtiéndose en el hijo predilecto de todas las tierras, William Shakespeare o quizá debiéramos decir, Francis Bacon; Sir Henry Neville; Edward de Vere; Emilia Bassano; Walter Raleigh; Robert Devereux; Christopher Marlowe o la mismísima reina Isabel I. ¿Todos o ninguno? De esta suerte de candidatos que arrastran las centurias, surge el recurrente juego convertido ya en porfía. Un oneroso bocado que se cuece a fuego lento, entre los defensores del Bardo y sus detractores más acérrimos.

Fue o no fue, esa es la cuestión.

Cinco siglos después, dudas y certezas siguen buscando los ángulos rectos de esta gran mesa redonda que más bien es tablero de ajedrez. Sus ejércitos, dos facciones encontradas; de un lado, los leales stratfordianos seguidores del Cisne de Avon, al que consideran creador irrefutable de tan excelsa producción, y del otro, aquellos que, incrédulos confesos, atribuyen su trabajo a ciertos eruditos de su mismo palo. Una partida entre vencido y vencedor, que con hondura y maestría se traslada a esta ficción vestida de secretos, espionaje, conspiraciones, medias tintas y verdades; pues en este —jaque al rey—, confluyen inventiva y certidumbre, recelos y artificios, personajes de la historia y otros que, nacidos de un ensueño, avanzan posiciones en busca del genio o del bufón.

Dejemos que el rapsoda recite su poema y que hablen las teorías del mito o realidad sobre una Taberna en el condado de Deptford, de si hubo o no desheredados del nombre y de la patria, de si aquel hombre de Stratford, innovador de la lengua, las tradiciones y modas, fue uno solo o uno más de «al alimón». Que este es un enigma que quizá no vea el sol y perdure

entre las sombras en la noche de los sueños; pero como dijo
aquel americano...

«Tan solo quiero, como un buen espadachín,
marcarle el rostro con el signo de la duda».

Carmen De Arriba Muñoz

NOTA DEL AUTOR: ¿VERDAD O FICCIÓN?

Tras una década dedicada a indagaciones sobre los hechos que dan pie a este relato, lo más laborioso ha consistido en revestir de ficción a los personajes históricos, suponiendo las situaciones vividas, diálogos y rasgos de su personalidad, a fin de apartarse de un ensayo al uso.

No obstante, esta novela histórica, aunque introduce la ficción para definir el comportamiento de sus personajes principales, es fiel a los hitos más significativos de sus biografías. En todo momento, se respeta la veracidad de los documentos que se aportan, las citas literarias o fechas históricas principales. La esencia de cuanto se dice en este manuscrito está basado en hechos reales y podría constituir un ensayo académico. En los anexos, situados al final de esta obra, se citan los personajes históricos que han servido de base para esta narración, pero no caiga en la tentación de ojearlos antes de adentrarse en el presente documento.

Nada de cuanto se aporta en este manuscrito, pretende menoscabar la personalidad de los personajes históricos que se citan, ni restar valor a la calidad literaria de sus obras. En cuanto a las dudas sobre la autoría de algunos textos, ha de

tenerse en cuenta que, varios siglos atrás, no se tenía el mismo concepto de autor que hoy en día.

A modo de ejemplo conviene decir que, en la actualidad, sabemos que los *Cuentos de Canterbury*, antaño adjudicados a Geoffrey Chaucer, fueron escritos por un conjunto de veintiún autores actuando de un modo coral. Sin embargo, ello no invalida la calidad e importancia literaria de aquel texto, ni tampoco merma su importancia en la popularización del inglés medio, en detrimento de los idiomas vigentes: el francés, utilizado en la corte, y el latín, en los ámbitos eclesiásticos.

PRIMERA PARTE

«La verdad se sabrá».
W. Shakespeare

1. EL LEGADO DEL MERCADER

20 de julio de 1924. Padua

Del viaje en barco desde Nueva York a Roma apenas recuerdo nada, salvo un mareo continuado. Todos los días eran semejantes; olas inmensas bajo un cielo grisáceo y nubes desdibujadas que huían por el horizonte. Estaba tan cansado que durante buena parte de la travesía me dediqué a dormir o leer. El camarote era confortable y raras veces subía a cubierta. Apenas me alimentaba de tostas con mantequilla y mermelada, compota y yogures, y al mediodía con sopas, ensaladas y frutas. Poco a poco, a medida que transcurría el tiempo, fui superando el malestar.

Mi hermano Ronald parecía hecho de otra pasta. Acostumbraba a dejarse caer por la cafetería, en donde siempre encontraba a alguien con quien conversar, algún colega arquitecto o un joven heredero en viaje de placer. Después, pasaba la tarde en cubierta, a resguardo, contemplando la viveza del mar.

Una vez en el puerto de Civitavecchia, seguimos viaje hacia Padua, pues Ronald estaba interesado en conocer la arquitectura de las bellas ciudades del norte de Italia y Peggy Guggenheim había tenido la gentileza de prestarnos por unos días la casa que su familia tenía en aquella ciudad. Aunque ese verano ella

no tenía previsto ir a Italia, le dijo al casero que se encargara de mimarnos durante nuestra estancia. Desde la casona pensábamos conocer, en pequeñas incursiones, Bolonia, Verona, Venecia y las montañas del Véneto.

Al llegar a Padua, fuimos atendidos por los caseros con una amabilidad inusual. Donato, un latino de piel oscura y mirada sonriente, recogió nuestras maletas diligentemente y nos acompañó a las habitaciones, mientras su mujer, Orizia, con aire de matrona cariñosa, preparaba una deliciosa ensalada con *mascarpone* y un bacalao a la vicentina.

Pronto nos sentimos fascinados por el entorno de la casa y las vistas que desde ella se divisaban. Las colinas y campos ondulantes, semejantes a un mar de tonos ocre y verdes, aparecían matizadas por pequeñas florestas; a lo lejos, flanqueados por cipreses, los caminos se difuminaban en el horizonte.

Más tarde, tras apurar un refresco y tomar posesión de nuestras elegantes y luminosas habitaciones, Ronald manifestó su intención de quedarse a dibujar. Se encaramó a una roca que le servía de atalaya y, sacando su cuaderno y sus lápices, se aplicó a ello con pasión.

Yo preferí perderme entre las callejas de la ciudad.

* * *

Encontré, por casualidad, aquel manojito de cartas en un anticuario próximo a la Piazza delle Erbe. Vagaba en la tarde ocioso y sin rumbo, deleitándome en los rincones de la ciudad, cuando unos pergaminos y piezas etruscas llamaron mi atención en los vitrales de una tienda. Desde joven, admiraba los libros y documentos antiguos, por mero deleite visual, y así, códices y papiros despertaron en mí la pasión por la arqueología.

Una campanilla anunció mi llegada.

Entré despacio, con cautela y admiración, a aquel lugar repleto de manuscritos medievales miniados con exquisita delicadeza, adornado con esculturas de Adonis y de los emperadores Claudio y Adriano. Allí competían en belleza, una *koré* de la isla de Samos con un vigoroso busto del dios Heracles portando su maza, fuentes de cerámica procedentes de antiguas mansiones de Ferrara o Verona, con vasijas romanas de vidrio tornasolado. Atriles y biblias con portadas de nácar, percheros de madera labrada, alfanjes sarracenos y bastones de mando del ejército napoleónico, todos ellos parlotando en la penumbra de la estancia.

El dependiente, que se encontraba al fondo de la sala auscultando un viejo manuscrito, apenas había reparado en mi presencia. Tenía incrustado en el ojo izquierdo un monóculo de aumento del que colgaba una cadena de plata que lo mantenía sujeto a la ropa. Reclinado sobre aquel pergamino, parecía un oficial alemán escrutando los mapas de guerra en la tienda de campaña del Estado Mayor. Siempre sentí secreta admiración ante quienes se atreven a vivir de la venta de tales obras. Sin duda, pensé, comerciar con las huellas que ha dejado la humanidad a su paso por el mundo debe ser una tarea subyugante... ¿Cuántas obras vendería a la semana? Un par, tres, cuatro... ¿Suficientes para vivir?

Carraspeé para hacerme notar, mientras me deleitaba contemplando los cuadros y el artesonado de madera de las paredes y el cielorraso. Del centro colgaba una araña de vidrio. En la parte alta, una balaustrada de madera resguardaba un estrecho pasillo plagado de estanterías. Acaso, el dependiente prefería dejarme vagar, a sabiendas, por aquella ventana abierta al pasado. El techo, pintado al estuco, mostraba un pasaje mitológico en que los dioses clásicos se congregaban, entre las nubes del cielo, en torno del dios Hermes y la diosa Atenea. Bella ale-

goría, pensé, donde todo rinde pleitesía a la escritura, las ciencias y las artes.

Finalmente, el propietario se puso en pie y se acercó hacia mí, al mismo tiempo que dejaba caer su monóculo. Rondaba los cincuenta años. Era corpulento y tenía la estatura de un armario, aunque caminaba con dificultad, arrastrando con disimulo la pierna izquierda. Apoyaba su mano derecha en un bastón de caoba con una estilizada cabeza de perro.

—Discúlpeme, señor. Estaba absorto en mi tarea —dijo mientras se colocaba las gafas de pasta.

Parecía un hombre cordial. De aspecto seductor, se mostraba decidido y seguro de sí mismo. Sin duda, su apariencia respondía a la imagen que me había formado de un italiano. Lucía un fino bigote sobre una piel bien bronceada; sus ojos eran vivaces y sus labios delgados. Vestía unos pantalones de arqueólogo en color beige, hechos de loneta, acompañados de una camisa de lino blanca; una vestimenta ideal para contrarrestar el sopor del verano, algo que en Padua era patente, debido a la humedad del río. Anudado al cuello, llevaba un pañuelo de algodón egipcio. Podía haberse escapado sin más, unas horas antes, de cualquier excavación en el Valle de los Reyes.

—¡Estaba usted tan concentrado!

—Sí, he de confesarlo —dijo abriendo sus grandes manos en actitud de disculpa—. Contemplaba un manuscrito copto que acaba de llegar de El Cairo.

—Me llamo Leslie Hotson —dije en un torpe italiano—. Vengo de Nueva York... Me ha sorprendido la calidad de los artículos que expone.

Y al escuchar mi procedencia, el italiano abrió de modo inconsciente los párpados mostrando sus ojos azules.

—Me halagan sus palabras, Sr. Hotson. Mi nombre es Gino Cassini —me tendió la mano con languidez—. Presumo, que

estando de viaje no le interesará el mobiliario ni las grandes estatuas de mi anticuario.

—Acierta. Me han llamado la atención las vasijas romanas de vidrio y sus libros miniados. ¡Son preciosos!

—Entonces, permítame invitarle a un té mientras le muestro mis humildes joyas... Y, por favor, no me trate de usted, ¡no soy tan mayor!

—A los americanos nos cuesta la familiaridad.

Al fondo de la tienda, junto a una luminosa ventana, había unos sillones de ratán colocados alrededor de una mesita auxiliar. Desde ese lugar, el propietario podía atender a un cliente mientras observaba discretamente la puerta de entrada al anticuario.

En aquel rincón, un mueble de roble escondía una discreta cocina con todos sus utensilios. Gino colocó las tazas de porcelana sobre la mesa y puso agua a calentar.

—¿A qué se dedica, Hotson?

—Terminé mis estudios de literatura inglesa en Harvard.

—¡Atrayente oficio!, Leslie —dijo Gino rizando su bigote—. Quizá encontremos algo de su interés. Tengo unas cartas... —pero no terminó su frase.

Entre tanto, abriendo una gran carpeta de cuero labrado, me mostró los que él llamaba «sus pequeños». Era una colección de láminas grafiadas a mano de procedencia desconocida, páginas sueltas, acaso de incunables, algunos papiros egipcios sobre los que no me sentía versado, códices mayas y un conjunto de láminas que pronto, por su singularidad, acapararon mi atención. Algunas con dibujos de oftalmología, quizá de un médico persa contemporáneo de Ibn Sina o del califato Omeya de Córdoba; otras eran delicados herbarios con anotaciones al margen en alfabeto cirílico. Sobre la mesa tenía también un manojo de cartas que, según el marchante, eran de algún actor inglés y rondaban por allí desde la época de su padre, o quizá, desde el origen de la tienda.

Ante sus insistentes comentarios de alabanza, le dije que no estaba dispuesto a embarcarme en una compra importante, dado que no sabía cuánto dinero iba a necesitar para las vacaciones que ahora comenzaba. Él prosiguió dándome detalles de cada lámina, como si no hubiera escuchado mis palabras.

Entonces, intentando disimular mi interés por aquellas cartas, opté por desviar nuestra conversación hacia otros temas, mientras las contemplaba furtivamente.

—¿Es usted de Padua, Sr. Cassini?

—Soy de la Toscana. Nací en Careggi; una aldea cercana a Florencia —Gino sacó un pañuelo de seda para secar el sudor de su frente—. ¡No deje de visitarla; se lo recomiendo! Es la cuna de los Médici.

—Tal vez —dije—. Mi viaje apenas comienza ahora.

Allí se disfrutaba del frescor y la tranquilidad que provenía de un pequeño patio; entre la hiedra que cubría sus paredes se cobijaban múltiples tiestos con flores y una pequeña fuente que entonaba su cantinela rodeada de hortensias blanquiazules. El sol cabrilleaba en los vitrales, y los pájaros, apostados en el alfeizar, nos daban la bienvenida.

El agua hervía; Gino preparó la tetera y la dejó reposando.

—Esta es una región muy hermosa, Sr. Cassini. Debe sentirse orgulloso de ella.

—Lo estoy —dijo levantando la barbilla mientras apoyaba ambas manos sobre un viejo bastón.

—¿Dónde lo compró?, ¿qué significa esa cabeza de perro del bastón?

—Es un báculo de madera de caoba con la cabeza de alabastro. La talla es de un perro echado sobre sus patas; en realidad, es un chacal, y representa al dios Anubis. Lo adquirí en uno de mis viajes a Egipto. Tuve que regatear por un tiempo en el poblado de artesanos de Medinet Habou, en la ribera occidental de la antigua Tebas.

—¡Es fantástico! Anubis, el dios que cuida de los enterramientos —aún recordaba mis estudios de Historia.

—No exactamente, Hotson —hizo una mueca—. Permítame que le corrija... Sin ánimo de parecer pedante —dijo estirando el cuello mientras arreglaba su pañuelo—, la mitología es una de las cosas que me apasionan. Los chacales viven en el desierto y merodean por los cementerios, de ahí que los egipcios tomaran a ese animal como un símbolo del dios que cuida a los difuntos y los acompaña en su tránsito hacia la otra orilla.

—¿La otra orilla? —pregunté extrañado.

—Sí —dijo titubeando—; el más allá. Anubis es el dios que acompaña a las almas al otro lado, «aquél que ve en la noche». Y, al igual que los chacales, quien puede ver en la oscuridad es el único capaz de conducir a otros en la noche de los tiempos —Gino me miró fijamente—. Algo así como un san Cristóbal cristiano; ese santo gigantesco que ejerciendo de barquero llevó a Jesucristo a la otra orilla. Ya ve, no hay nada nuevo bajo el sol, la historia siempre se repite y los símbolos de los santos o los dioses siempre encierran mensajes ocultos que pasan de una cultura a otra.

—¿Dónde aprendió todo eso?

—¡Ah! Me temo que no puedo desvelar mis fuentes, Hotson. Pero es obvio que el simbolismo se aprende con paciencia, reuniendo el saber que se halla disperso en varias ciencias.

—Sí. ¡No hay mayor satisfacción que perderse entre libros! —secundé.

Entonces dejó su bastón apoyado sobre uno de los sillones y tomó con delicadeza su taza de té. Lo observé de reojo. Aunque su cabello era de color oscuro comenzaba a blanquear. Pero se mantenía en buena forma.

—Es así, Leslie —prosiguió—. Nuestro mundo cree que todo se encuentra en los libros, sin embargo, muchos conocimientos no se muestran a primera vista —Gino dejó escapar una son-

risa cómplice—. Según reza un viejo libro, muchos son los que miran, pero pocos los que pueden ver en profundidad.

—Eso suena un tanto contradictorio, Sr. Cassini. Usted mismo tiene una erudición propia de quien ha sabido expresar bien los libros.

Gino rio de buena gana mientras se mecía en su silla adelante y atrás.

—No sabría qué decir, Hotson —contestó mirándome por encima de las gafas—. La erudición no siempre garantiza el conocimiento, pues algunos libros no van más allá de la burda opinión o de un barniz intelectual. Y aún más, hay algunos conocimientos que deben mantenerse a buen recaudo, ajenos a los libros.

Me quedé pensando en aquellas palabras a la par que apuraba el té de Ceilán.

—Pero no quiero inquietarle con mis palabras —me aconsejó con aire paternal—. A cada paso, la vida entrega las respuestas que se precisan —afirmó mientras acariciaba con su mano la cabeza de chacal—. Si vale para algo mi consejo, recuerde que en los momentos más difíciles y oscuros siempre hay quien puede ver en la noche; acaso una voz amiga, o un mentor que nos desvela el sendero a seguir. Siempre hay personas con vocación de chacal.

Tras aquellas palabras de Gino hubo un silencio fértil. La tarde comenzaba a declinar y los mortecinos rayos de sol que entraban por la ventana enmarcaban con una aureola dorada sus cabellos, a la par que daban vida a esa pátina de polvo imperceptible que flotaba en la sala. Con ello, el anticuario parecía cobrar vida propia. Sin apenas percibirlo, había pasado ya una hora en el anticuario. Gino, con ese aire místico, me resultaba familiar y aquella tienda ya no era para mí un conjunto de paredes recargadas de objetos, sino una atmósfera particular que tuviera sus propios códigos y misterios.

Al poco, como no podía ser de otro modo, nuestra mente regresó a su cotidiano afán.

—¿Y qué piensa hacer tras sus estudios?

—Podría dedicarme a la docencia, aunque me apasiona la investigación.

En un descuido, al dejar sobre la mesa su taza de té, Gino rozó el manojó de cartas, y estas se desparramaron sobre la mesa. Entonces, mientras le ayudaba a recogerlas, mi curiosidad revoloteó sobre ellas.

—Dígame, Gino... ¿a quién dijo que pertenecían esas cartas?

—Proviene de un legado familiar traspasado en herencia de padres a hijos. Un mercader de Padua, que mantenía una buena amistad con mi abuelo, las guardaba en un viejo arcón. A su muerte, el primogénito heredó la hacienda y, al hijo menor le correspondieron varias esculturas, cuadros y manuscritos. Pero este, menos dado a las antiguallas y presionado por las deudas, prefirió convertirlas en dinero efectivo. Así llegaron al anticuario; no sé mucho más sobre el origen de las cartas.

—Pero hace un momento me dijo que eran la correspondencia de un actor.

—Eso pude deducir de su lectura. El atado contiene unas ochenta cartas. Al parecer, un actor londinense las remitía a un colega inglés que residía en Padua; para ser precisos, en la Mansión del Mercader; una villa preciosa que aún se puede admirar junto al río Brenta, al otro lado del canal, entre Vía Castelfilardo y Vía Cremona. Las he examinado muchas veces, aunque no encuentro respuestas a lo que dicen, dado que tienen un aire enigmático. Quizá se tratase de un exiliado. Sin embargo, usted parece la persona adecuada para esclarecer lo que citan.

—¿Esclarecer?

—Sin duda, encierran algo —dijo el marchante—. Narran sucesos e intrigas interesantes, aunque de un modo críptico,

pues nunca se citan nombres concretos. No obstante, se deduce que hablan del teatro inglés y de la corte, con sus amoríos y traiciones, de actores pendencieros y sus arreglos de cuentas, de libros y versos.

Gino me mostró las cartas con sumo cuidado.

Por la textura del pergamino y los rasgos de su letra, pensé, debían tener, como poco, unos tres siglos de antigüedad. Eran preciosas.

—Quizá podrían datarse en torno al mil seiscientos —prosiguió Gino—. Y solo por ello, nadie podría pagarme su verdadera tasación. Su precio nunca estará a la altura de su valor. Durante años he deseado que alguien con su formación pudiera hincarles el diente... Sin duda, usted es el investigador de estos temas que estaba esperando.

El marchante había pronunciado, sin saberlo, las palabras mágicas, pues me interesaba, y mucho, el teatro inglés. Me entretuve contemplando las cartas por un momento, y después, tan solo le dije: me interesan.

—Me conformaré con doscientos cincuenta dólares —apuntó Gino.

Apenas las había ojeado y... ¡ese precio tan alto! En fin, una decisión alocada. Pero así sucedieron los hechos. Una cosa fue llevando a la otra, y en verdad, aun antes de que Gino hubiera fijado su precio, supe que no podría resistirme a comprar aquellas cartas que podrían aportar nuevas ideas para mis estudios sobre la época isabelina. Tal vez, una profunda intuición me impulsó a ello.

Recordé entonces un viaje con Mary May a Chicago. Era nuestra luna de miel. Distinguimos un barco que se disponía a partir de inmediato para atravesar el lago Michigan. La taquilla estaba ya cerrada y el mozo nos hizo indicaciones tras el vidrio para subir al barco; al parecer, podían comprarse los billetes a bordo. Su tarifa era unas diez veces mayor de lo que habíamos

supuesto. Fue, sin embargo, el crucero de placer más improvisado y hermoso de cuantos hicimos. A menudo, hay locuras que merecen ser vividas, pensé rememorando aquello, mientras el marchante me tendía ya aquellas cartas manuscritas.

No obstante, Gino Cassini tampoco sabía si alegrarse o no por vender aquel conjunto de cartas. Las miró, posó las yemas de sus dedos sobre las letras, tal como haría un ciego, y golpeándolas ligeramente con la figura de su bastón dijo:

—¡Déjalas hablar, seguramente tienen mucho que decir! Yo hubiera dado media juventud por perseguir el rastro de sus palabras en las callejas de Londres.

Así fue como cerramos el trato.

Acto seguido, me entregó una cinta para anudarlas y se levantó del sillón lentamente, mientras apuraba el último sorbo de té. Mirando hacia la ventana comentó algo sobre las nubes y la belleza de la tarde. Su cara había cambiado. Ya no me parecía aquel hombre jovial, cuyo aspecto no reflejaba su verdadera edad, sino otro personaje más agotado y vulnerable, como si le costara desprenderse de aquellas cartas.

Le había dado una buena suma de dinero, quizá excesiva, y después nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Salí a la calle y, tras caminar un trecho, me senté en un banco de piedra de la Piazza Duomo.

Por un instante, comprendí la sensación que experimentaba Gino, pues había visto en el frente de guerra el valor tan inmenso que podían tener unas cartas con aroma familiar. Me prometí entonces ser respetuoso con aquel legado del mercader. De seguro, pensé, le iba a sacar partido para mis estudios de doctorado.

Tomé una cualquiera de las cartas de aquel atado y leí, por primera vez, apenas unas líneas. En ellas se decía:

No temas, mi buen amigo, todo el tiempo que ahora la vida

te arrebatara, algún día te será devuelto con creces, pues todo lo que sucede, conviene. No olvides que los seres conscientes construyen su propio destino.

Aquellas palabras, arrancadas al azar, se quedaron en mi mente como si fueran una máxima no escrita que siempre me hubiera perseguido. *Todo lo que sucede, conviene.* Por un momento las recordé en boca de mi amiga Peggy, pero era improbable aquella coincidencia. Algo me decía que eran ciertas, aunque aún no alcanzara a comprender de qué modo el destino teje conveniencias en la burda tela de la casualidad. Traté de memorizarlas; tenía el presentimiento de que algún día necesitaría entenderlas y apropiarme de ellas hasta hacerlas mías.

Más tarde, adquirí una caja de madera de castaño con aspecto de arcón medieval, sólida, guarnecida con fuertes remaches metálicos y cantoneras que aseguraran un cierre estanco. De este modo los pergaminos estarían bien preservados de los cambios del clima. Envolví la caja con una tela espesa y, tras colocarla cuidadosamente en mi maleta, prometí no prestarles atención hasta el retorno a casa.

Sin embargo, no pude resistir la tentación y esa misma noche abrí el pequeño cofre para contemplarlas. Quería despedirme de ellas, como si tuvieran vida propia y reclamaran mis cuidados y atenciones. Necesitaba aspirar de nuevo la fragancia de las cartas, acariciar con mis dedos su textura, sentir el silencio y la cadencia de los siglos que las envolvía.

Leí algunas y luego las encerré a buen recaudo. Tan solo las que me entregó la casualidad o la magia de aquel momento. Suficientes, me dije. Supe desde entonces que guardaban no solo uno, sino varios secretos que debían ser esclarecidos. Poco podía imaginar aún lo que ellas iban a significar en mi vida.